

arreatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover:¹ y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño.²

1 Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

2 El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más había de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarle: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reúnen, se acumulan, por decirlo así,

con espantosa evidencia: la fe disminuye y se apaga en muchos; el Evangelio ha sido ya predicado casi en todas partes; las sociedades cristianas han apostatado todas; guerras horribles, luchas de pueblo contra pueblo, de nación contra nación, hacen temblar al mundo; brotan milagros de todas partes; un conjunto extraordinario de profecías, muchas de ellas indudablemente auténticas, se une á un secreto instinto de las almas santas; finalmente, los tres misterios que parece deben servir de refugio á la Iglesia de Dios en las supremas tribulaciones, el misterio de la infalibilidad del Papa, el de la inmaculada Concepción de María, el del sagrado Corazón de Jesús, domina la tempestad universal levantada contra todo lo que es católico, dando á los verdaderos fieles firmeza en la fe y en la obediencia, la gracia de la inocencia necesaria para el triunfo, y el don de una caridad, de una misericordia y de una reparación absolutamente divinas. Todo nos indica la proximidad más ó menos inmediata de esos «últimos tiempos» predichos por el Dios del sagrado Corazón.

En los tiempos precedentes, para cada nuevo mal el Salvador sacaba al punto un remedio saludable «del tesoro de su Corazón;» pero en nuestro tiempo, en que todas las negaciones y todos los males antiguos vienen concentrándose, uniéndose estrachamente bajo la bandera de la Revolución y del anticristianismo, Jesús se digna abrirnos y darnos todo entero ese mismo Corazón, ese precioso tesoro, con

todo lo que contiene. Es el último esfuerzo de su amor; el remedio supremo y universal.

Si, el sagrado Corazón es lo que *necesita* la Iglesia en estos tiempos extraordinarios. A grandes males, grandes remedios; á un mal extremo hay que aplicarle el remedio más eficaz. La Europa cristiana está gangrenada hasta el corazón; para evitar, pues, la muerte, es preciso que los fieles vayan á buscar la vida en su fuente, penetrando en el Corazón del Rey de los cielos. Cuanto más penetremos, con más verdad podrá decirse: «No hay salvación fuera del Corazón de Jesús.»

Vislúmbrense los fines admirables de la Providencia al retardar la manifestación del sagrado Corazón hasta fines del siglo XVII, hasta aquella época en que Satanás iba á suscitar á Voltaire, á Rousseau, la francmasonería, el ateísmo filosófico, la Revolución propiamente dicha, es decir, la gran rebelión de la sociedad contra la Iglesia, del hombre contra el Hijo del hombre, de la tierra contra el cielo.

Al terminar el siglo XVII la herejía quiso destruir en la teoría y en la práctica el Sacramento del amor, y por consiguiente el amor mismo, el amor santo y confiado que nace de la Comunión. A los fariseos de los últimos tiempos Jesús opone la revelación de su Corazón adorable, rebosando dulzura y humildad, fuente inagotable de ternura, de caridad, de misericordia, de verdadera santidad y de verdadero amor.

La impiedad en el siglo XVIII levanta un grito sa-

tánico, grito de guerra contra Jesucristo: ¡*Aplastemos al infame!* y con sus sofismas, con su propaganda infernal y universal, perturban las inteligencias. ¿Qué hará Jesucristo? Él, que ha hecho al hombre y que le conoce, va derecho á su corazón y se le manifiesta bajo su forma más poderosa, más íntima, más seductora: como *soberano Amor*. Le entrega su Corazón divino; y por el corazón le arranca á las mortales seducciones del entendimiento. En efecto, nada más fuerte que el amor; y por la revelación de su sagrado Corazón Jesús se hará amar. ¡Admirable ardid de guerra!

Hay más: aquellas grandes blasfemias van á dar por fruto grandes crímenes; la secta anticristiana va á conmover la Iglesia hasta sus cimientos; una persecución salvaje va á destruir las antiguas instituciones católicas de Europa; hace rodar por el cadalso la cabeza de Luis XVI, cierra los templos, degüella sacerdotes y obispos, destruye las Ordenes religiosas, hace subir una prostituta en los altares, conduce al Papa al destierro (Pío VI) y le hace morir en él; inaugura una sociedad nueva sin fe, sin Dios, sin Jesucristo; propaga por todo el mundo esa gran blasfemia que se llama la separación de la Iglesia y el Estado; extingue en millones y millones de almas la vida de la gracia.

A esos crímenes que provocan necesariamente las represalias de la Justicia divina, á esos sacrilegios públicos y hasta entonces inauditos, Nuestro Señor

Jesucristo opone una expiación cuya santidad sobrepuja y sobrepujará siempre á la perversidad humana; revela, inaugura el culto público de su sagrado Corazón, y este culto mil veces bendito, esencialmente expiatorio y reparador, va á propagarse de tal suerte, que «allí donde abundó el delito, sobreabundará la gracia» siempre. Inspire Satanás cuanto quiera á los demonios en carne humana que desde hace más de cien años hacen resonar el mundo con sus blasfemias, insultan y pisotean la santísima y adorabilísima Eucaristía; incíteles á blasfemar de la Santísima Virgen, á asesinar sacerdotes, á cometer toda clase de crímenes: todo en vano: la Iglesia tiene de hoy en adelante un medio de reparación más poderoso que todas las maquinaciones del infierno: tiene el sacratísimo Corazón de Jesús, el Corazón del mismo Dios.

Por estas y otras muchas razones que sería demasiado largo exponer aquí, la misericordiosísima Providencia se manifestó de un modo admirable revelando el culto del sagrado Corazón al fin del siglo XVII.

Añádase á esto que cuando la santísima Virgen se apareció el 19 de Septiembre de 1846 en la montaña de la Saleta, á fin de salvar, si era posible, la sociedad, declaró, entre otras cosas, que la propagación del culto del sagrado Corazón sería uno de los medios de que Dios se serviría para combatir el anticristianismo y santificar á los fieles, á sus escogidos

de los últimos tiempos. Esta revelación ha contribuido mucho á propagar por todas partes el amor y el culto del sagrado Corazón.

Entremos en esta corriente de fe, que es el camino de salvación. Escuchemos la voz de la Iglesia; escuchemos las advertencias de la santísima Virgen; creamos, aceptemos con amor la palabra de Nuestro Señor. Sí, el sagrado Corazón es el misterio de estos últimos tiempos. Pero á fin de penetrarnos más de las inefables excelencias del sagrado Corazón, y por consiguiente de la excelencia del culto y de la devoción que se le tributan en la Iglesia, contemplemos de más cerca con los ojos de la fe, y con la felicidad y alegría del divino amor, ese Corazón amantísimo y mil veces adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

Corazón santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

X

De la inefable y divina excelencia del sacratísimo
Corazón de Jesús

El mundo se compone de dos especies de criaturas: almas y cuerpos. Fuera de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador del universo, no existe

más que el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos.

Así pues; el mundo de los espíritus fué criado por Dios según un tipo, un modelo perfecto, que es como su centro; y este tipo, este ejemplar, es el alma santísima que el Hijo eterno de Dios se dignó unir á sí cuando se hizo hombre en la plenitud de los tiempos. A imagen y semejanza de esta alma sagrada, Dios, para quien todo es presente, creó desde el principio todos los Angeles, y también las almas de nuestros primeros padres. Y á imagen y semejanza del alma de su Hijo ha creado y continúa creando el alma humana.

Lo mismo sucede con el mundo de los cuerpos, el mundo material: el cuerpo adorable que el Hijo de Dios debía tomar un día en el seno de la Virgen, ha sido el tipo, el modelo según el cual Dios creó primeramente el mundo, y después al hombre, rey del mundo. Sí, el cuerpo de Adán fué formado en el paraíso terrenal según el modelo del cuerpo perfectísimo que el Hijo de Dios debía unir un día á su alma y á su persona divina.

Así la humanidad de Jesucristo es, en el plan de la creación, como el centro y la razón de ser de todas las criaturas, principalmente de los Angeles y de los hombres.

Es enteramente imposible referir las excelencias de esa humanidad hecha humanidad del Hijo de Dios; de esa alma y ese cuerpo de tal modo unidos á la

persona eterna de este mismo Hijo de Dios, que, sin confundirse en lo más mínimo con su divinidad, forman con ella una sola y única persona divina, eterna, infinita. No; jamás, ni en este mundo ni en el otro, podremos comprender plenamente el misterio *infinito* de Jesucriste; jamás podremos adorarle tan perfectamente como se merece; jamás le admiraremos, le amaremos y bendeciremos tanto como merece ser bendito, amado y admirado.

¡La humanidad de Dios! ¡Un alma y un cuerpo creados, convertidos en alma y cuerpo del mismo Dios, y por consiguiente, *adorables, divinos.....!* ¡Qué abismo de grandeza! ¡qué misterio!

Pues bien, en esa humanidad adorable y toda divina hay algo todavía más digno de adoración, si es permitido hablar así; en ese abismo de santidad y de majestad hay algo más santo, más sublime, más excelente: hay el Corazón de Nuestro Señor, Creador y Redentor Jesucristo. Sí, en la humanidad adorabilísima de nuestro Dios debemos colocar sobre todo su sacratísimo Corazón.

En Jesucristo, como en nosotros, el *corazón* es efectivamente el órgano más noble y más delicado, es como el resumen y, por decirlo así, el centro vivo, la médula de todo el cuerpo. El alma, que anima al cuerpo y ejerce sus diversas facultades por los diferentes órganos del mismo, ejerce por el *corazón* la más sublime de todas; la facultad de *amar*. El alma piensa por medio del cerebro y en unión con el ce-

rebro; siente por los nervios, que se extienden en todos nuestros sentidos; pero por medio del corazón, sólo por el corazón, es como ama. De aquí la excelencia supereminente del corazón; de aquí también el lenguaje universalmente usado entre los hombres y empleado por el mismo Espíritu Santo en las divinas Escrituras, en que se presenta el corazón como el compendio de la persona. Tener buen corazón es ser bueno; tener mal corazón es ser malo. Tener corazón es ser generoso, desprendido; no tener corazón es ser egoísta, malvado. El corazón es el hombre entero, considerado en lo que hay en él de más excelente.

Así, pues, repito, lo mismo sucede en ese Hombre único, divino, que es Dios, Jesucristo. El *Corazón* de Jesucristo es, si así puede decirse, lo que hay más adorable en su adorable humanidad, lo más divino é inefable en su divinísimo é inefabilísimo cuerpo. Su Corazón es el órgano vivo de su amor; y su amor es el amor infinito de Dios encarnado.

¡Oh santa humanidad de mi Salvador! ¡Oh santísimo Corazón de mi adorable Jesús! ¡Os amo y me postro en vuestra presencia con el rostro en tierra.